



Por: Juliana Saldaña Díaz. Estudiante de Literatura Virtual. Universidad Autónoma de Bucaramanga, miembro del Semillero de investigación en literatura.

Carlos Latorre Franco cumplió 19 años en medio de la península Coreana, peleando una guerra que no era suya y muy lejos de su patria. Para ese entonces corría el año 1952 y el conflicto entre Corea del Sur y Corea del Norte se agudizaba después de dos años de interminables combates y dejaba como resultado muertos de diferentes nacionalidades y un estado en ruinas. Carlos al igual que muchos de sus compatriotas colombianos solo buscaba engrandecer el nombre de su país y volver sano y salvo a su tierra.

Durante la segunda guerra mundial Corea fue invadida por el ejército japonés, y al finalizar la misma los problemas internos la devastaban a tal punto que la ONU tuvo que intervenir. El país fue ocupado al norte por la Unión Soviética y al sur por Estados Unidos tomando como línea divisoria el paralelo 38. El compromiso era unificar, reconstruir el entorno político y velar por la paz de sus ciudadanos.

La guerra y el batallón Colombia.

La guerra de Corea inicio el 25 de junio de 1950 y el conflicto geopolítico entre las corrientes ideológicas del norte y del sur fue el escenario perfecto para que Estados Unidos y La Unión Soviética continuaran con su guerra fría.

Corea del norte y La Unión Soviética recibieron el apoyo de tropas del ejército chino, y a su vez, Corea del Sur y Estados Unidos el de la tropas de los países aliados enviados por la ONU. Entre ellos estaba Colombia, único representante Latinoamericano dispuesto a colaborar por la paz de la península.

Colombia entró a la guerra de Corea gracias al visto bueno del presidente Laureano Gómez quien acababa de recibir la presidencia y buscaba la pronta aprobación del gobierno estadounidense. De esa forma fue como el 15 de junio de 1951 arribaron los primeros soldados del Batallón Colombia bajo el mando del Teniente Coronel Jaime Polania Puyo a la Bahía de Pusan.

Ese día sonaron por primera vez los acordes del himno nacional Colombiano en tan lejanas tierras asiáticas y con estas empezaría la historia de valor y coraje de los colombianos que participaron en la guerra de Corea.

Regreso del infierno.

El Batallón Colombia más que un ejército de soldados fue un ejército de héroes y valientes; en su mayoría voluntarios jóvenes que decidieron marcharse al otro lado del mundo a luchar por la libertad de otros, ajenos al conflicto coreano pero llenos de amor a su patria y dispuestos a morir por ella.

Protagonistas anónimos de páginas de historia manchadas de sangre, los sobrevivientes del batallón Colombia volvieron a su país y no encontraron más que rechazo, abandono e indiferencia. Colombia les cerró las puertas y las oportunidades, borró sus hazañas y los rechazó por sus heridas de guerra. Estos niños que se convirtieron en hombres en medio de la guerra fueron parte de uno de los ejércitos más disciplinados y aguerridos que se pudo encontrar en el frente asiático, reconocidos por sus compañeros extranjeros pero olvidados por sus compatriotas.

Los veteranos de Corea, continuaron la batalla lejos del frente enemigo. Al volver a Colombia y no encontrar las oportunidades de vida que esperaban, pidieron lo que para ellos era más que justo, solicitaron el cumplimiento de las promesas hechas por el gobierno antes de partir y la ayuda para restablecer su vida lejos de las balas.

Los hombres del Colombia fueron dados de baja al terminar su misión. Tiempo después solo el desfile del 20 de julio y un monumento en la calle 100 con carrera 7, serían la forma de recordarlos.

Pero la guerra no ha terminado. Tras años de lucha el Gobierno de Andrés Pastrana finalmente aprobó una ley en la cual los veteranos de Corea tenían derecho a una pensión o subsidio de ayuda de dos salarios mínimos, siempre y cuando demostraran que se encontraban en estado de indigencia. Una victoria agri dulce para estos combatientes incansables.

Actualmente los héroes mal llamados indigentes siguen peleando sin desfallecer por el reconocimiento y restablecimiento de sus derechos y su dignidad. Desde su asociación de veteranos ASCOVE, fundada en 1958, mantienen viva la memoria de las tropas colombianas apostadas en la península asiática durante la guerra.

Alrededor de 5.100 Colombianos fueron enviados a Corea, la mayoría de ellos tenía entre 18 y 21 años, de estos hombres enviados a combatir se calcula que: **131** murieron en combate, **10** murieron en accidentes del servicio, **2** murieron de forma natural, **476** fueron heridos en combate, **69** desaparecieron en combate, **28** fueron tomados como prisioneros y canjeados más tarde y **2** fueron tomados prisioneros y quedaron en poder del enemigo.

Se estima que de los 4884 soldados que regresaron, hoy sobreviven alrededor de 1.000 y esta cifra tiende a disminuir anualmente debido a que el número promedio de veteranos que mueren anualmente es de 60 y con una edad promedio de 77 años.



Más allá de las cifras.

Jaime Díaz Gómez girardoteño de 19 años fue miembro del primer Batallón Colombia y mostró una gran valentía al rogarle a su madre en medio de una sentida carta que no solicitara su baja debido a las heridas recibidas en combate. Él no buscaba la gloria personal, sólo pensaba en sus compañeros que quedaron en medio del fuego cruzado y en la deshonra de volver a su país sin haber dejado el nombre de éste en alto. Hace 10 años Jaime murió sin recibir la tan anhelada pensión que significaba un pequeño reconocimiento de su patria por lo que él y sus compañeros hicieron mucho tiempo atrás.

Hugo Monroy perteneció a la sección de inteligencia del primer Batallón Colombia, contaba con sólo 16 años cuando fue reclutado para la guerra, muy joven para vivir un conflicto que no entendía pero sobre todo muy joven para morir. Hoy a sus 74 años recuerda con dolor la guerra y a los compañeros que perdieron la vida tan lejos. Gracias al subsidio del gobierno y a la ayuda de sus hijos puede vivir tranquilamente, pero reconoce la injusticia de la palabra indigente que adorna su medio de sustento.

Carlos Latorre Franco estuvo a cargo de la Armada de Infantería del Batallón Colombia. De su mente nunca se han borrado las imágenes de los combates y las heridas que recibió: aún su cuerpo conserva las esquirlas luego de una noche de intenso combate. Carlos agradece a Dios su situación económica y la pensión que consiguió con su trabajo como independiente, pero nunca ha dejado de luchar por sus compañeros de guerra que no compartieron la misma suerte.

60 años después Colombia se consolida como uno de los países que no supo responderle a sus veteranos, como un país que no conserva la memoria ni el honor.

Hoy estos soldados caminan con el rostro cansado, con las manos sin fuerzas, con el alma desgarrada y con un pasado lleno de horrores, pero el espíritu combativo que los hizo brillar en tierras lejanas no deja que se apague la esperanza de conseguir el reconocimiento que se merecen.

Hoy la batalla sigue desde otras trincheras y cada vez con menos soldados, hoy la batalla es contra la muerte y el olvido.

